

A R C H I V U M

TOMOS XXVII-XXVIII

1977-1978

La oda «Virtud, hija del cielo» de Luis de León

La oda II de fray Luis, según la ordenación habitual, está dedicada a don Pedro Portocarrero y pertenece al grupo de composiciones menos personales del poeta¹. Constituye una muestra explícita del quehacer del maestro cuando trataba de manifestar simplemente sus afectos amistosos, sin hacer intervenir las preocupaciones íntimas que le aquejaban. Pero precisamente por este carácter, que pudiera calificarse de frío y protocolario, sirve de ejemplo transparente del virtuosismo que poseía en su oficio poético: no es un producto brotado del hondón de su alma y, sin embargo, contiene abundantes aciertos expresivos y muestra claramente su demorada elaboración. En otros términos: aunque probablemente escrita «por obligación», no deja de traslucir con precisa claridad las excelsas dotes de su autor.

Virtud, hija del cielo,
la más ilustre empresa de la vida,
en el oscuro suelo
luz tarde conocida,
5 senda que guía al bien poco seguida:

(1) D. Alonso, *Vida y poesía en fray Luis de León*, en *Obras Completas II*, p. 796.

Tú dende la hoguera
al cielo levantaste al fuerte Alcides,
tú en la más alta esfera
con las estrellas mides
10 al Cid, clara victoria de mil lides.

Por tí el paso desvía
de la profunda noche y resplandece
muy más que el claro día
de Leda el parto, y crece
15 el Córdoba a las nubes y florece.

Y por tu senda agora
traspasa luengo espacio con ligero
pie y ala voladora
el gran Portocarrero,
20 osado de ocupar el bien primero.

Del vulgo se descuesta
hollando sobre el oro; firme, aspira
a lo alto de la cuesta;
ni violencia de ira
25 ni blando y dulce engaño le retira:

ni mueve más ligera,
ni más igual divide, por derecha,
el aire, y fiel carrera,
o la traciana flecha,
30 o la bola tudesca un fuego hecha.

En pueblo inculto y duro
induce poderoso igual costumbre,
y do se muestra escuro
el cielo, enciende lumbre
35 valiente a ilustrar más alta cumbre.

Dichosos los que baña
el Miño, los que el mar monstruoso cierra
dende la fiel montaña
hasta el fin de la tierra.
40 los que desprecia de Eume la alta sierra.

Está construída sobre materiales de contenido mostrencos, acarreados desde el clasicismo latino por la tradición, los cuales imponen también la poca originalidad de las expresiones verbales. Ello no quita que responda a un impulso de sincero elogio al amigo poderoso, configurado mediante los rasgos de sobriedad y fuerza típicos de Luis de León.

Cuando el maestro compone esta oda, su protector Portocarrero acaba de ocupar la regencia de Galicia. Se suele fechar este suceso en 1571, y, por tanto, la redacción de la oda se sitúa en los tiempos anteriores a la prisión del poeta, a la cual no se alude en absoluto en el poema. Pero, según se deduce de una carta de fray Luis², el cargo de regeñte debió de comenzar a ejercerlo don Pedro en el otoño de 1570. Como hemos indicado en otra parte³, la oda II debe de ser más o menos coetánea de la XI («Recoge ya en el seno»), dedicada a Grial, con la cual tiene algunas relaciones. Ya por aquellos días se cernía sobre fray Luis la amenaza inquisitorial^{3 bis}. Si en la oda a Grial se descubren indudables alusiones a su atribulado estado de ánimo, y en esta oda II no aparece huella de ello, creemos que se debe a la diferente relación del poeta con sus dos destinatarios: a Grial, amigo íntimo, podía confiarle el maestro sus preocupaciones; a don Pedro, respetado y distante protector, tenía que mostrarle pruebas de moderación y entereza, cuando no de ignorancia de la tormenta que se avecinaba. La oda a Grial es un desahogo personal; ésta, ofrecida a Portocarrero, aunque producto de auténtico agradecimiento, surge en el poeta a modo de felicitación por el puesto alcanzado y como encomio de las cualidades de don Pedro.

(2) En 28 de octubre de 1570 escribe a Arias Montano: «Grial está con don Pedro Portocarrero que es agora Presidente de Galicia» (v. F. García, *Fr. L. de L.: Obras completas*. Madrid 1951, p. 1.372). El P. Vega, p. 30 de su edición, fecha la regencia en 1570, suponemos que por el mismo motivo.

(3) «La oda a Grial de Luis de León», en prensa, *Homenaje a J. M. Blecua*.

(3 bis) En efecto, el 18 de abril de 1572, en una de sus declaraciones durante el largo proceso, manifiesta fray Luis: «Demás desto digo que tengo grande sospecha no me hayan levantado algún falso testimonio, porque sé que de dos años a esta parte se han dicho y dicen algunas cosas de mí que son mentiras manifiestas, y sé que tengo muchos enemigos» (*Colección de documentos inéditos para la historia de España*, vol. X., p. 199).

Poco dado al halago directo, fray Luis articula la composición con procedimientos eminentemente elusivos. En ningún momento se dirige a su protector, sino, conforme a su costumbre, interpela a otro interlocutor, aquí abstracto, la *virtud* (entiéndase, como señalan todos los críticos, el valor, el mérito de la actitud espiritual equilibrada y encaminada hacia el bien). Y, así, el elogio lo traslada de Portocarrero a la virtud, de manera que los hechos que ensalza resultan, en apariencia, producto de ese ente celestial, que se realiza forzosamente a través de una criatura particular y predestinada. Con sutil desviación, el halago se desdibuja sin restar nada a los méritos.

Las cuatro primeras liras, pues, constituyen un apóstrofe a la Virtud, a la que se califica con los atributos derivados del himno aristotélico transmitido por Diógenes Laercio y que había editado en ese mismo año de 1570 el francés H. Estienne⁴. Fray Luis ejemplifica la benéfica actividad de la Virtud con casos tomados de la mitología (Hércules y los hijos de Leda)⁵ y con figuras hispanas del pasado (el Cid y el Gran Capitán), para terminar con el dato concreto y presente que le interesa destacar (Portocarrero). La estructura gramatical de esta primera parte de la oda se distribuye, de modo paralelo a los contenidos, con calculada variación de una estrofa a otra. La referencia central del apóstrofe, la Virtud, se configura sucesivamente en la sintaxis de cada lira con una función diferente: de vocativo pasa a sujeto, luego a agente y por último a simple posesivo, como anunciando su desaparición temática en la segunda parte, donde el núcleo designativo es Portocarrero (aunque siempre en tercera persona distanciadora). En esquema, así:

- I. VIRTUD, (vocativo)
- II. TÚ levantaste a Alcides, TÚ mides al Cid (sujeto)
- III. POR TI el paso desvía... y crece (agente)
- IV. Por TU senda... traspasa... Portocarrero (posesivo).

(4) Todos los editores lo consignan desde Menéndez Pelayo y A. Coster (*RH*, 46, p. 211).

(5) En esto sigue a Horacio, III 3, 9-10 (*Hac arte Pollux et uagus Hercules / enisus arces attingit igneas*).

El vocativo de la lira I se amplía con cuatro aposiciones, acopladas en dos parejas: la primera aporta dos notas generales y teóricas (*hija del cielo, empresa de la vida*) que no hacen sino insistir en el alto origen divino y en el mérito humano de la virtud; la segunda enlaza los dos datos en la práctica del mundo terreno (*el cielo es luz tarde conocida, la empresa de la vida es senda poco seguida*), que se refieren a lo tardío del conocimiento de la virtud y a la escasez de sus seguidores⁶. Estos atributos asignados a la virtud (y por consiguiente los significantes que a ellos aluden) resuenan en las tres estrofas siguientes. La Virtud, como hija del *cielo*, a él eleva a Hércules (v. 7), en *la más alta esfera* mide al Cid con las estrellas (v. 8-9), desvía de la noche y presta resplandor a los hijos de Leda (v. 11-13), y hace que crezca hasta *las nubes* la fama del Gran Capitán (v. 15). Paralelamente, esa *luz* celeste de la virtud va apareciendo y apoyándose en otros significantes acordes: *hoguera* (v. 6), *estrellas* (v. 9), *resplandece* (v. 12), *claro día* (v. 13), y destacándose del error de la negrura: *oscuro suelo* (v. 3), *profunda noche* (v. 12). Las dos liras, II y III, por tanto, vienen a ser desarrollo de la *luz* de la I, corporeizada de nuevo con dos parejas: Hércules (ejemplo clásico de la mitología) y el Cid (prototipo de la gloriosa tradición hispánica) en la estrofa II, y Cástor y Pólux y Gonzalo Fernández de Córdoba en la III. Son hechos cumplidos. Y he aquí, *agora*, en la lira IV, el nuevo héroe que acomete la senda de la virtud expresada en la estrofa I: Portocarrero. En esquema:

(6) Sobre *senda*, la *escondida senda* de la oda I de fray Luis, véase el penetrante estudio de R. Senabre, *Tres estudios sobre fray Luis de León*, Salamanca 1978, p. 14: «no sólo no traduce... el *secretum iter* de Horacio, sino que posee un significado especial y concreto: «el camino para hallar a Dios», y se refiere al evangélico «pauci sunt qui inveniunt eam», que resuena en *los pocos sabios* de esa oda y el *poco seguida* de la II.

(1) Virtud	luz (hija del cielo)	que	levanta a Hércules al cielo (v. 7)	(II)	
			mide al Cid con las estrellas (v. 9)		
	senda (empresa)	por la que		resplandece el parto de Leda (v. 12)	(III)
				crece el Córdoba a las nubes (v. 15)	
		por la que	traspasa Portocarrero (v. 17)	(IV)	

Por otra parte, la estructura paralela de las estrofas II y III (dos hechos y dos personajes en ambas) se matiza con variaciones sintácticas unidas a la ya señalada de la función de *virtud* (*Tú* sujeto en II, *por ti* agente en III). En efecto, la lira II, asindética, gira en torno de dos núcleos verbales: *Tú levantaste, tú mides*. En cambio, la III desdobra sus núcleos verbales y los enlaza con polisíndeton: *Por ti desvía y resplandece, Y crece y florece* (dos verbos para cada sujeto: los Gemelos y el Córdoba). La copulativa que inicia la lira IV señala el fin del apóstrofe a la Virtud. Y toda la estrofa se traba alrededor de un solo hecho y un solo personaje, Portocarrero, como para realzar su importancia, consignándose minuciosa y lentamente todas las circunstancias sobre las que se destaca en primer plano (lugar, tiempo, modo) y sólo identificado con técnica de suspensión hacia el final y afectivamente: *el gran Portocarrero* (v. 19). Nótese que todos los personajes citados hasta ese momento quedan diluïdos en la estructura rítmica de las estrofas; ahora no: el protector del agustino está referido de forma aislada métricamente, subrayado, ocupando un heptasilabo entero. Todo lo que precedía, todo lo que sigue en la oda, es pura irradiación del personaje. Si en la lira II Alcides y Ruy Díaz se configuraban como objetos de la actividad de la Virtud, y si en la III los Gemelos y el Gran Capitán actuaban movidos por la Virtud, ahora, *ahora* (insiste el poeta, consciente del contraste), es Portocarrero el ente activo, el que *osa ocupar el bien primero*,

relegándose la Virtud al pasivo papel de ofrecer el camino para ello. Todo el mérito, pues, para Portocarrero⁷.

La segunda parte de la oda, las liras V-VII, constituye la amplificación descriptiva de la actividad de Portocarrero, como desarrollo de ese *traspasar luengo espacio por la senda de la virtud* a que aludía la estrofa precedente (v. 16-17). En la lira V, aplicada a la vida de don Pedro, se expone una variación más del tópico del ascenso moral al bien, con los esquemas consabidos de la ética estoica: apartamiento de lo trivial, desprecio de los intereses materiales, esperanza firme en la cumbre de la virtud, impasible equilibrio ante las amenazas de la violencia y las tentaciones del engaño seductor. Y en la expresión las inevitables referencias al *vulgo* (v. 21), al *oro* (v. 22), a *lo alto de la cuesta* (v. 23). Como apuntábamos antes, en esta estrofa el poeta reincide en lo expresado a Grial en la oda XI (v. 21-30), donde, si bien con otras intenciones, le aconseja *vencer la cuesta y ganar la cumbre del collado* y no admirar, como *el perdido error, el oro*. Tanta semejanza corrobora la coetaneidad de ambas composiciones, aunque se trate de tópicos frecuentes⁸.

La firme trayectoria, ligera y bien orientada, del héroe se compara en la estrofa siguiente con dos imágenes (la segura flecha de los tracios y la precisa bala incandescente de los alemanes; otra vez, doble referencia a lo antiguo y a lo coetáneo), que, poco originales también, se manifiestan expresivamente mediante un complicado hipérbaton, de entre cuyos recovecos se destaca con más fuerza la clara finalidad, entre dificultades, del ascenso. No diremos que esta lira VI sea un modelo de hallazgo poético, pero sí que está elaborada meticulosamente, como solía fray Luis, en busca de efectos expresivos. Hay, en efecto, gramaticalmente, dos sujetos (la *flecha*, la

(7) Como cima a que debe aspirarse, es frecuente en fray Luis la expresión *el bien*: *al bien divino* (III 43 y VIII 18), *el alto bien* (XIII 17) etc.

(8) En el v. 22, Vega (Madrid 1955, p. 447) prefiere adscribir *firme* a *hollando*, y el conjunto a *aspira*. Puntúa así: *Del vulgo se descuesta; / hollando sobre el oro. firme.aspira*. Parece mejor la puntuación tradicional, que seguimos y que establece un paralelismo entre los dos segmentos sintácticos: dos verbos (*descuesta, aspira*), cada uno con un adyacente locativo (*del vulgo, a lo alto*) y otro nocional (*hollando, firme*).

bola) unidos disyuntivamente (o...o...) en relación con también dos verbos copulados negativamente (*ni mueve, ni... divide*) y provistos de sendos atributos paralelos (*más ligera, más igual*) y de dos términos adyacentes (*el aire, por carrera*), uno de los cuales conlleva también dos adjetivos (*por derecha y fiel carrera*). Este ritmo binario de expresión y contenido se combina con el entrecruzamiento alternante de elementos que evita el riguroso paralelismo. Así, en fórmula, tenemos:

- (Ni) mueve más ligera (Verbo - Atributo)
 (ni) más igual divide... (Atributo - Verbo)
 por derecha el aire y fiel carrera (Aditamento 1, - Implemento - Adit. 2)
 (o) la traciaña flecha (Adjetivo - Sujeto)
 (o) la bola tudasca... (Sujeto - Adjetivo).

Vemos, por tanto, que en esta estrofa se acumulan enzarzadamente las parejas de elementos que vienen desde el principio caracterizando a la oda. Recordemos: en la I, *hija - empresa, luz - senda*; en la II, *cielo - esfera, Alcides - Cid*; en la III, *el parto de Leda - el Córdoba, desvía - resplandece, crece - florece*; en la IV, más global, *ligero pie - ala voladora*; en la V, *del vulgo se descuesta - aspira a lo alto*, y (con preludio de las negaciones de la VI) *ni violencia - ni engaño, blando - dulce*. No es mera casualidad, ni exigencias de metro y rima. Porque, por ejemplo, en los versos 27-28, el poeta podía haber escrito: *ni más igual el aire por derecha / dividido y fiel carrera*; si no lo hizo así, fue sin duda para mantener la alternancia léxico-rítmica «ni V A ni A V», es decir, lo que escribió: *ni mueve más ligera, ni más igual divide*⁹.

Por fin, en la estrofa VII, fray Luis desciende de las consideraciones generales (aplicables tanto a su protector como a cualquier otro hombre en su situación) y consigna referen-

(9) Para la raigambre clásica de este hipérbaton (y otras particularidades léxicas) v. R. Lapesa, *El cultismo en la poesía de fr. L. de L., Atti del Congresso Int. «Premarinismo e pregongorismo»*, Roma 1973, 219-240. En la p. 239 escribe: «No es ociosa aquí la separación del verbo y su complemento, ni la de *derecha* respecto a *y fiel carrera*: la ruptura de los sintagmas refleja la del aire dividido, rasgado, por la flecha o la bala».

cias a la vida concreta de Portocarrero: su gestión al frente de la audiencia de Galicia. Sigue aferrado al contraste y a la dualidad de elementos que maneja. Dos son los núcleos verbales en relación con un único actor (Portocarrero, implícito en el atributo *poderoso*); cada uno de ellos se enmarca en una circunstancia espacial (*en pueblo, do*) y lleva un objeto (*costumbre igual, lumbre valiente*)¹⁰. Hay este esquema:

poderoso		induce	igual costumbre	en pueblo...
		enciende	lumbre valiente	do se muestra...

Además, con extrema concisión, el maestro funde en esta lira el plano moral y abstracto, en que viene moviéndose, al plano real de las circunstancias gallegas. Los adjetivos *inculto* y *duro*, que califican a *pueblo*, designan primordialmente particularidades éticas; pero el *escuro* que delimita a *cielo*, aún aludiendo al mismo campo semántico (el ejemplo de Portocarrero inducirá sus virtudes a un pueblo atrasado, y su lumbre disipará la oscuridad moral), lleva a pensar sin ninguna duda que el poeta está jugando con el sentido propio de *lumbre* al contacto con la realidad nebulosa del clima gallego (*do se muestra escuro el cielo*) y el sentido figurado de iluminación modélica sobre gentes más cultivadas (la también figurada *más alta cumbre*).

La oda se cierra con la estrofa octava, donde, después del apóstrofe y de la amplificatio descriptiva, el tono se hace afectivo y recoge la opinión personal del poeta; y en ella, después de la Virtud y después de Portocarrero, el núcleo temático son los gallegos: dichosos son los habitantes de Galicia por tener entre ellos ese dechado de virtudes que es Portocarrero. Con su contención habitual, fray Luis, puesto que ya ha hablado antes de la Virtud y de don Pedro, se ciñe a expresar su sentimiento, muy sobriamente, con la simple exclamación *Dichosos*, y en compensación a tal parsimonia, y si-

(10) El P. Vega, erróneamente (ed. cit., p. 448), interpreta *induce* como imperativo. Acaso le resonaban los imperativos de la oda a Grial (XI, v. 21 sigs.: *alarga, vence, gana, satisfaz*. etc.).

guiendo de nuevo los módulos de la tradición clásica, desnuda en triple aspecto a esos habitantes a quien atribuye la dicha y que son objeto de las actividades prosopopéyicas de tres elementos de la geografía galaica:

Dichosos		los que	baña	el Miño
		los que	cierra	el mar monstruoso
		los que	desprecia	la alta sierra de Eume.

Este demorado detallismo, aumentado con la especificación locativa de los versos 38 y 39 (*dende la fiel montaña hasta el fin de la tierra*, es decir, desde Covadonga hasta Finisterre)¹¹, contribuye a la intensificación de los contenidos afectivos sólo explícitos en el lexema de *Dichosos*. Por otra parte, puede notarse que en este colofón de la oda el ritmo binario de contenido, que hemos señalado en las siete liras precedentes, se rompe con la aparición de una estructura ternaria, un dato más, expresivo del cambio de tono.

Sin necesidad de detenernos en el análisis de pormenores, tales como la limitada selección de léxico (obsérvese la reiterada aparición de los mismos elementos: *cielo*, v. 1, 7, 34, *oscuro* 3, 33, *alta* 8, 35, 40, *claro-a* 10, 13, *ligero-a* 17, 26, *ilustre-ar* 2, 35, *igual* 27, 32, *fiel* 28, 38, y hasta de combinaciones de análogas unidades: *alta cumbre* 35, *alta sierra* 40), o las frecuentes aliteraciones (la abundancia de sibilantes en la lira I; *senda* que *guía* al bien poco *seguida* v. 5; *al cielo* - *al fuerte* - *Alcides* - *al Cid* - *mil lides* v. 7-10 etc.), creo que basta el examen de las estructuras sintácticas y rítmicas para demostrar la cuidadosa atención de fray Luis al componer la oda. Aunque sea producto de una intencionada *captatio benevolentiae*, y no del desasosiego de un rapto íntimo, aunque se sumen profusamente los procedimientos aprendidos en sus amados clásicos y los tópicos tradicionales, el maestro

(11) Casi todos los editores señalan que esta lira traza los límites de Galicia. Es cierto, pero más bien los de la Gallaecia romana, o los del antiguo reino suevo, que los administrativos actuales. Notemos, de pasada, que fray Luis, como de costumbre, acepta los datos de la antigüedad (Galicia = fin del orbe conocido, Océano = mar monstruoso abierto al abismo de lo ignoto), pero combinándolos con los actuales de la tradición hispana y cristiana: Covadonga = fiel montaña, *fiel* por partir de ella la oposición al *infel* Islam.

León nos ha dejado aquí una oda que, dentro de su relativa frialdad, nos admira por su precisión, su equilibrio y su fuerza expresiva.

E. ALARCOS LLORACH